

Doy un paso atrás y quedo pegada a alguien que no se mueve e incluso parece disfrutar de mi cercanía. Ese es el alguien del acero espejado. Un aroma a tabaco negro francés aunque parecido a la tierra mojada, me inunda sugestivamente. Me agacho para alcanzarle la chalina que se le cayó a la señora de anteojos anchos. Al mismo tiempo lo hace el dueño del rostro desdibujado en el acero. Me roza con la mano que me parece exquisita. Alguien había jugado con la botonera del ascensor; subimos y bajamos. Otra vez doy un paso atrás, esta vez la mano exquisita me contiene a la altura de la cintura. No me muevo, espero la siguiente parada del ascensor. Me quedo sola. Sola con la persona que está detrás de mí, y de la que me separo un poco. El aire apretado contra la fantasía.